

ADMINISTRACION
Y
REDACCION
CALLE DE COLON
NUMERO 83.
Piso 1.º

EL PROGRESO

DIARIO POLITICO INTERNACIONAL DE LA TARDE.

ADMINISTRACION
Y
REDACCION
CALLE DE COLON
NUMERO 83.
Piso 1.º

SE PUBLICA:
POR LA IMP. Oriental, 25 DE MAYO NUM 60.

REDACTOR: PEDRO ARNÓ.

ADMINISTRADOR:
ALEJO LANGLOYS.

Programa.—Orden y progreso.—Todos para todos ó verdadera democracia cosmopolita.—Alianza republicana del Universo.—Emanipación colonial.—Libertad de cultos, imprenta, enseñanza, industria, asociación y reunión pacíficas.—Paz universal perpetua.
Abolición de la esclavitud, ejércitos permanentes, pena de muerte y culto oficial.—Sufragio universal.—Libre cambio.—Fomento comercial, agrícola industrial y artístico.—Descentralización administrativa.

PRECIOS:

SUSCRICION

Montevideo y su departamento:

1 mes.	1 \$20 cent.
3 idem.	3 "50 "
6 idem.	6 "50 "
1 año.	12 "
1 número.	4 "

CAMPAÑA:

1 mes.	1 \$50 cent.
6 idem.	8 "50 "
1 año.	15 "

AVISO.

A fin de evitar toda clase de abusos, participamos al público que no será publicado anuncio alguno en "EL PROGRESO" ni se servirán las suscripciones a este diario, sin que antes se satisfaga el respectivo importe.

EL ADMINISTRADOR.

A los suscritores.

Segun tenemos ofrecido, los suscritores a "El Progreso" recibirán la prima que hemos procurado poderles ofrecer sin omitir gasto ni sacrificio.

Desde el 1.º de Mayo comenzaremos a repartirles semanalmente la preciosa novela de Pedro Arnó: "Por un Billete!" enriquecida con primorosas láminas hechas por los mejores artistas de esta capital.

Los suscritores que desde el 1.º de Mayo quieran empezar a recibir de regalo la espresada novela deberán satisfacer el importe adelantado de seis meses a la suscripción de "El Progreso."

Los señores que no lo verifiquen durante el presente mes de Abril no tendrán derecho alguno a recibir el regalo ofrecido.

AVISO.

Ponemos en conocimiento de quien corresponda que en adelante las empresas de teatros y demás de diversiones públicas, estarán sujetas al pago de sus anuncios como todas las demás empresas y particulares.

HOY Y MAÑANA.

Almanaque.—Hoy se veneran los siguientes santos y santas:—Toribio, Pedro Armengol, Anastasio, Zita, Policarpo.

Mañana—Pradencio, Vital.

Correos.—Hoy entran los de Artigas, Cerro Largo, Colonia, Rosario, San José y Santa Lucía.

Mañana—saldrán los de Artigas, Treinta y Tres, Durazno, Florida, Porongos, Santa Lucía, San José y Mercedes.

Emérides.—Las de hoy son: 402—Muere S. Anastasio, papa. 1301—Martirio de S. Pedro Armengol. 1676—Los franceses se apoderan de la ciudad de Conde, defendida por los españoles.

1702—Muere Jean-Bart. 1800—Toma del Cayro por Bonaparte.

Las de mañana son: 634—Muere San Prudencio, obispo de Tarazona. 1772—Suplicio de Struensée y Brandt en Copenhague. 1603—Muerte del duque de Nemours.

1794—Batalla del Tech, por el general Dugommier.

Remates.—Para mañana están anunciados—de mercaderías por Rafael Ruano, de muebles y de licores por Nicolas y José Franco, de mercaderías por Mendevillo y Comp^{te}, de una finca en el Cordón por Astengo Wells y Comp^{te} de mercaderías por E. Castellanos.

Vapores.—El paquete inglés *Arno* es esperado hoy de Buenos Aires y saldrá para Río de Janeiro el día 30.

—El paquete francés *Aunis* es esperado de Río de Janeiro hoy ó mañana, con la correspondencia de Europa.

A. LANGLOYS.

LITERATURA.

Miramar.

FOR JOSH ZORRILLA.

I.

Castillo de Miramar que en el mar azul te miras ¿por qué miras sin cesar mar adentro en ese mar cuyas ráfagas aspiras?

Por qué va tu Castellana de un balcón a otro balcón, y a través de su persiana contempla la mar lejana con febril agitación?

Cierra todos tus balcones, castillo de Miramar: cuélgate de negros crepones tus gallardos torreones y no mires mas al mar.

Ya es en vano que lo adules; en vano enfloras tus salas, en vano tu mármol pules, y tus perfumes exhalas sobre tus ondas azules.

Haces mal si en el favor fías del volublo mar: te arrullará alagador, y tus pies irá a besar; pero el mar siempre es traidor.

Miramar, no fies mas en las ondas pasajeras del mar que mirando estás; que no te traerán jamás al que por ellas esperas.

Quita de ese torreón ese mástil señorial; ya se rasgó el pabellón que ostentó en el tu blason bajo corona imperial.

Tu crónica alegre ayer como una árabe leyenda que escuchar daba placer, va a ser una historia horrenda que dará miedo leer.

Castillo de Miramar, que vas desde hoy tu belleza con crepones a enlutar, castillo de la tristeza te has de venir a llamar.

II.

Castillo ayer tan risueño, hoy triste mansion mortuoria, ayer pensaba tu dueño! que escribiera yo tu historia... ¡la suya me quita el sueño!

Hoy que del mundo salió del martirio con la palma, no la historia que él pensó sino el drama de su alma vengo a revelarte yo.

Otro pasaba en la mia que enlazado está con él; y es esta doble agonía lo que va mi poesía a confiar a un papel.

Mas no vayas a olvidar si llegas mi libro a ver, que solo a luz de tu hogar no se debe de leer: sé discreto, Miramar.

Yo soy quien a tu señor hacia de otros lectura, mientras era emperador allá donde hoy el rencor le niega hasta sepultura.

Yo soy quien a tu señora canté allá una salmo-lia: ¡no sepa por ti en mal hora que canto por él ahora los salmos de la agonía!

Castillo de Miramar, si llegan a tí estas hojas, no se las des a hojear: tíralas antes al mar en donde los pies te mojan.

Llanto de pena verter no hará a la loca infeliz, quien lágrimas de placer

derramar la supo hacer cuando era la emperatriz.

Castillo de Miramar, puesto para dar pavora entre cielo, tierra y mar, castillo de la locura te has de venir a llamar.

III.

Castillo que a tu señora hoy como prision encierras, yo la vi, poco há de ahora, de otro alcázar moradora y señora en otras tierras.

Y la vi con inquietud ir por aquella rejón, fiada en la rectitud, en la fe y en la virtud de su leal corazón.

Yo crucé en el campo un día mi corcel con su corcel; y temblé, porque sabía que de aquel campo podía salir cautiva sobre él.

Tuve allí asiento en su mesa y en su presencia sital; pero siempre tuve prisa de verla salir ileal.

Y cuando que el mar surcaba al decir en Castilla, cuando supe que arribaba del mar de Francia a la orilla, la creí en salvo... y erraba.

Respirado el aire había de aquella letal rejón y herida de allá venia. ¡Bien allá me lo decía sin cesar mi corazón!

Mas bendigo al juicio Eterno que el suyo quitarla quiso: pues sin juicio hoy de lo eterno, no comprenderá en qué infierno se tornó su paraíso.

Yo, aunque otra vez se le dé Dios, jamás a verla iré: no vaya a pensar de mí que por traidor me salvé y que tambien le vendí!

Miramar, si en daria un día runer con tus ecos das, no des en la fantasía de repetir la voz mia: no la hables de mí jamás.

IV.

Castillo de Miramar, tú, que si al fin Dios la cura la tendrás que aposentar en sus dias de pesar, como en los de su locura,

empieza a ensanchar con tiento la red de su incertidumbre, para que con paso lento entre en su alma el sentimiento de su inmensa pesadumbre.

Ya de su casa no soy como en su imperio: no puedo leerla historias desde hoy: mas con la suya me quedo y a España a contarla voy.

Castillo de Miramar, por cuyos balcones mira la que creé que por el mar a tu playa ha de arribar el amor por quien deliré; dí a tu infeliz Castellana que del balcón se retire,

que cierre bien su persiana, y que al mar con ansia vana ya desde hoy mas nunca mire.

Díla que ya que esperar no tiene mas que en el cielo, que el que esperó ver tornar no halló senda por el suelo,

ni navío por el mar; y si en tan salvaje guerra talvez ni aun tumba le encierra, que no le envíe a buscar ni vivo sobre la mar ni muerto bajo la tierra.

Mas que su honor queda entero: pues quiso hacerse primero coronado allá matar, que entrar como aventurero sin corona en Miramar.

¡Oh castillo sin ventura! prision hoy en donde llora coronada la locura, castillo de la amargura te han de llamar desde ahora.

V.

Castillo de Miramar que ya al mar en vano miras, quédate con tu pesar; que temo que me ha de ahogar la atmósfera en que respiras.

Castillo de Miramar que en duelo tan infinito

envuelto vas a quedar... ¡guai que el castillo maldito no te lleguen a llamar!

¡Adios, triste fortaleza que al mar que te azota miras; quédate con tu tristeza, que a darme vértigo empieza la tristeza que me inspira.

Yo me voy con mis cantares a la tierra en que nací, a echar ante sus altares mis flores y mis pesares; y apréndelo tú de mí.

Pues ya *aquel* no ha de llegar que esperábamos los dos... castillo de Miramar, vamos en Dios a esperar, que quien nunca falta es Dios.

VI.

Mas oye aun, Miramar: me pesa a mi hogar partir, sin poder en ti fondear *algo* que, a poder hablar me pudieras tú decir.

Mas semejante poder Dios no puso en tí ni en mí: ¡otro el cuento había de ser, si me dieras tú a leer lo escrito dentro de mí!

¡Y si al tesoro común de tu cuenta *capital* otro cuento cada cual pudiéramos dar aun... fuera cuenta mas cabal.

Porque tú debes saber, pues se fué en tí a concebir, cómo y quién dió tan ruin ser al imperio que, al nacer, se envió a Méjico a morir;

y debes saber tambien cómo tu dueña infeliz perdió su juicio y por quién, y si hay quienes razon den de la de la emperatriz.

VII.

¡Delira mi mente loca! castillo, empresa tan ruda a más poderosos toca; tú, que lo sabes sin duda, eres una muda roca; y a mí me tiene la boca mi propia ignorancia muda.

Con que, castillo, esperar. Pues ninguno de los dos cuentas de ello hemos de dar y el tiempo lo traerá en pos, yo me vuelvo a mi lugar; y pues Dios es justo... a Dios, castillo de Miramar.

CORRESPONDENCIAS

Cartas de Mr. Luis Danc sobre Irlanda.

"¡Dios salve a la verde Erin!" Así concluía una proclama feniana que manos audaces fijaron dias pasados en las paredes de *Mansion House*. El fenianismo se compendia por completo en este grito: *God save the Queen*. Pero el sentimiento de nacionalidad que encierra esta invocación, ha penetrado bien en el corazón del pueblo inglés.

Los mismos que lo niegan se ven obligados a reconocer:

Que una parte considerable de la población irlandesa se halla animada, respecto de Inglaterra, de un vivo sentimiento de hostilidad tradicional.

Que esta hostilidad ha engendrado entre los irlandeses-americanos un violento deseo de arrancar a Irlanda del poder de Inglaterra.

Que este deseo ha dado vida al fenianismo.

Y que el fenianismo encuentra un peligroso punto de apoyo, si no en la cooperación activa, en las simpatías menos que le ha declarado un gran número de irlandeses y las vagas aspiraciones de la masa del pueblo en Irlanda.

Un sacerdote irlandés, fray Lavelle, se expresaba hace poco en Kong, ante una asamblea numerosa, en los siguientes términos: "Mucho oímos hablar de plebiscitos en Italia y otras partes. ¿Por qué no se concede al pueblo irlandés el beneficio de semejante prueba? Pues bien, que se ensaye; y si entre diez irlandeses no hay nueve que se pronuncien por una administración independiente é indígena, yo me comprometo a no decir una palabra, a no escribir una línea en pró de la independencia de dicho país."

Las palabras de fray Lavelle no son artículos de fe, ya lo sabemos. Que hay exageración declamatoria en las que acabamos de citar, es evidente. Una cosa es cierta, sin embargo; el deseo de la unión, que ha sido

siempre popular en Irlanda. ¡Qué conquista proseguía O'Connell sin descanso en los últimos años de su vida? ¿Acaso la prodigiosa influencia que ejerció sobre sus compatriotas, no se debe en gran parte a sus vehementes aspiraciones por llevar a cabo la unión? ¿Quién duda que por esta causa es su memoria odiosa a unos y grata a otros? ¡Recuerden los disturbios de Belfast en 1864; para entregar esta floreciente ciudad a los horrores de la guerra civil, bastó únicamente que quemasen a O'Connell en efígie algunos pilluelos de los tabucos de Sandy-Rovers, y que al día siguiente prendiesen fuego a un sepulcro que suponían encerraba sus cenizas! Todavía resuena en el país que disputó tan enérgicamente a la dominación inglesa, el rumor de aquellas palabras que dirigía en 1843 a sus compatriotas: "Irlandeses: simplificada vuestra fe política, que solo debe reducirse a esto: primero, la unión es el solo remedio posible a los males de Irlanda; segundo, en vuestra mano está el obtenerla si poseis el patriotismo de querer y de poneros de acuerdo con ese fin."

Los ingleses tienen razón cuando afirman que la unión es provechosa a Irlanda, que lejos de ganar nada con una legislación separada, será víctima de la satisfacción que dé sobre este punto a sus deseos, y que por lo mismo que es de una independencia absoluta, le será imposible conservarla, aunque le sea posible conquistarla. El hecho es que en esta desventurada comarca abundan las causas de separación. Existen dos Irlandas: la Irlanda anterior a la dinastía de los Tudors, y la Irlanda que nació de las divisiones sucesivas, de las conquistas, de las confiscaciones de Isabel, de Cromwell y de Guillermo III; la Irlanda católica y la Irlanda de raza inglesa ó de origen escocés, ingrida bajo el reinado de Jacobo I. en los seis condados de Ulster: la Irlanda que pinta en su bandera la imagen de la Virgen María, y la Irlanda que muestra la figura de Guillermo de Orange.

Hagamos por un momento abstracción de Inglaterra: ¿qué sucederá si, prescindiendo de una acción moderadora, falto de ese poder interesado en evitar un conflicto, los orangistas se encontrasen frente a frente con sus adversarios? ¿Estallaría la guerra civil? ¿Y quién, en esa guerra, conseguirá la victoria? ¿Se inclinará del lado del entusiasmo patriótico y del número, teniendo que contar con la fuerza que prestan a un partido el poder de la riqueza y el arte de servir de ella, la ciencia de la organización, la perseverancia unida a la audacia, y esa confianza enérgica que engendra el hábito de un largo ascender? ¿No ocurrirá, en fin, nada que pueda traer a nuestra memoria este enérgico arranque de O'Connell: "Si se tratara de tostar a un irlandés, ¿se encontraría siempre a un compatriota que lo pusiera en el asador?" Hé aquí unas cuestiones que no está prohibido a los ingleses plantear; pero la cuestión magna consiste menos en avariguar lo que Irlanda, pobre y descontenta quiere con razón, que en saber lo que, en efecto, quiere. Luego lo indudable es que hay una Irlanda muy pobre y muy descontenta, cuyos sufrimientos y cuya irritación, la Inglaterra tiene el mayor interés en aliviar y calmar.

No falta a qui personas que se complacen en hacer creer al mundo, que si Irlanda es desgraciada, de ello tienen la culpa los irlandeses. Estas personas dicen: si el país está mal cultivado, es porque el cultivador no se toma la molestia de mejorar su condición; si las manufacturas que en otro tiempo florecieron en él han sido destruidas, es porque las huelgas continuas han ahuyentado el capital; si la paralización continua en todo, esto es debido a que ningún terrateniente quiere correr el peligro de un escopetazo; si el territorio que un océano poblado de peces ofrece diariamente a Irlanda queda perdido para ella, es porque se toman en Galloway que una horda de salvajes se empeñen, llenos de codicia, en prolongar el monopolio de un trabajo a que personalmente no se entregan.

¿Cuántas veces he leído en el *Times* que lo que faltaba a los irlandeses era precisamente lo que ningún gobierno puede darles, esto es, el amor al trabajo, la inclinación a la concordia, la confianza en sus vecinos, y la seguridad en sus propias fuerzas! ¿Cuántas veces no he oído decir a observadores superficiales ó poco benévulos, que la miseria de los irlandeses reconocía por exclusiva causa sus defectos, y que estos eran inherentes a la raza céltica! Si ha de darse fé a cierta gente de este lado del canal de San Jorge, el irlandés es por naturaleza perezooso, imprevisor, indolente a la ley y está familiarizado con el asesinato. Esa gente compara en son de triunfo la prosperidad relativa a Ulster, donde domina el elemento británico y protestante, con la miseria de las

